

814

CAPITULO XIV.

Las dos vecinas.

—¿Ha visto vd., Doña Anita, qué favorecido está hoy de las bellas nuestro vecinito el pintor?

Decía una contemporánea de Matuselen, entrando en la habitacion de la mujer á quien hacia la pregunta, y tomando asiento detras de la vidriera de una puerta que daba al corredor.

—Sí, mi alma; ya ve vd. que, aunque uno no quiera, como está situada esta pieza junto á la escalera, se ve cuanto pasa.

—¿Y qué hermosa es la jóven!

—¿Ps!....—dijo Doña Anita con ese ai-

re de desprecio que revela una mal disimulada envidia—;hermosa....! no sé qué le ha visto vd. de hermosa, mi alma.

—Una cara muy graciosa.

—¿Pues....! carita, y nada mas.

—Un color muy bueno.

—Para cascarilla y colorete.

—¿Pues qué, estaba pintada?

—¿Vaya, mi alma....! ;pues si eso se conocia á la legua....! Colores, los de mis tiempos.... Si vd. me hubiera visto cuando me casé con mi brigadier.... parecia mi cara una rosa de Castilla.

—Y aun ahora....

—Y no usaba otra cosa que agua fria. Pero en el dia, mi alma, todo se vuelve polvos, toalla de Vénus, blanquete, colorete, y otra porcion de menjures.... ;Ya se vé....! así tienen el cutis tan manchado y percutido....

—Tiene vd. mucha razon.

—¿Pues no la he de tener, mi alma? Fígurese vd. que, como soy una señora, visito á lo mejorcito.

—Ya lo creo: ¡la esposa de una brigada!

—De un brigadier, Crucecita.

—Eso quise decir. Pero lo que sí me pareció que tenía muy bueno, fué el cuerpo: ¡qué esbelto, qué bien formado....!

—Pura ballena, mi alma, puro armazon, enaguas almidonadas y ahuecadores: son como el pavo real, mucha y brillante pluma, y dentro huesos, y nada mas. En mis tiempos no habia nada de esos embustes ni engaños: un vestido estrecho, que llamábamos de medio paso, puesto sobre la camisa, y nada mas; corto, para que se viera la media de seda y lucir el pié, que sabe vd., mi alma, que es lo que tienen muy bonito las mexicanas; abajo llevaba algunos plomitos para precavernos contra las descortesías del aire, y en la cabeza una gran peineta llena de calados y de labores, que daba un aire magestuoso á la persona. Todavía tengo guardada la peineta que estrené el dia en que hizo su entrada triunfal D. Agustin Iturbide, y que me regaló, cuando me casé, mi difunto, que en paz descanse.

—Será muy buena.

—Figúrese vd. si lo será, cuando me la pidió el año pasado la condesa H. para sacarla la noche de carnaval.

—Debe ser de mucho lujo.

—Primorosa, Crucecita. El otro dia me la puse para que la viera nuestro vecino D. Leopoldo, y empeñado, mi alma, en que me habia de retratar con ella, porque dijo que mi cabeza se parecia á la de Medusa.

—¿Y quién era esa señora?

—Alguna de las musas, mi alma: el nombre mismo le está diciendo: Medusa, Musa...

—¡Caball!

—Si es muy galante conmigo. Por supuesto que todo esto pasa delante de su mamá, porque como soy una señora....

—Hace vd. perfectamente.

—¡Por supuesto! ya vd. ve que la gente es muy murmuradora.

—Como que siempre está la vecindad pendiente de una.

—Y como él es tan obsequioso conmigo, y siempre está ponderando mi cutis, y mi color y mi cuerpo....

—Yo lo creo: como que ya quisieran muchas elegantes el cuerpo de vd.

—Y eso que no me pongo ballenas, ni haros, ni ninguno de esos palitroques que hoy llevan con perjuicio de las piernas de los jóvenes. Yo, nada, mi alma: voy enteramente igual á aquellos tiempos en que solo lucia su buen cuerpo la que lo tenia.

—¿Y quién habrá inventado todos esos ahuecadores y postizos?

—¿Quién? Cierta cortesana francesa que, según decía mi difunto, que en paz descanse, tuvo cierto *lapsus linguae* con un oficialito del rey. ¡Ya vd. ve, mi alma, qué origen tan nobilísimo!

—Pero ¿no ha visto vd., Doña Anita, qué coche y qué lujo traía esa jóven?

—¡Vaya, mi alma! ¿Y quién dirá vd. que es, para darse el tono que subió dándose, y para venir en coche?

—¿Quién, Doña Anita?

—Una pobre huérfana.... una recogida.

—¿Es posible?

—Sí, mi alma. La protegida de Doña Inés, hermana de D. Emilio Landeta.

—Sí; ya he oído hablar de esa señora: me han dicho que es muy buena, muy virtuosa..

—¡Virtuosa....!— dijo Doña Anita, que no podia tolerar que se hablase bien de nadie, con sonrisa y acento malignos.—¡Vaya con la virtuosa....!

—¿Qué, no lo cree vd. así?

—Yo no creo mas que lo que veo, mi alma; y si yo le dijese á vd. mi parecer.... Pero soy todita una señora, y....

—Cuénteme vd., cuénteme vd., Doña Anita.

—Pues yo creo, aquí para entre las dos, que es algo mas que protectora de esa jóven.

—¿De veras?

—¿Cree vd. que á una huérfana se le nombre heredera de todos los bienes que uno posee?

—¿Heredera?...

—Heredera, mi alma. Además, Doña Inés tuvo amores con un oficial que de repente desapareció, y.... ¿quién sabe? porque como decía mi difunto, ninguna está exenta de un *lapsus linguae*.

—¡Vea vd! y yo la tenía por una santa.
¡Y qué orgullosa iba la tal huérfana porque
le bajaba la escalera nuestro vecino Leo-
poldo.

—¡Pues qué sería si la hubiese querido
retratar como á mí?

—¡Y qué, la quiere?

—¡Qué la ha de querer!... sino que ella
se le anda siempre metiendo por los ojos;
pero para mí, su amor está en la vecindad.

—¡De veras?... ¿Y quién es ella?

—No me atrevo á decirlo, porque no se
me atribuya á vanidad; pero, ya vd. ve que
ese empeño en retratarme... las atencio-
nes que usa conmigo, sus expresivas mira-
das, y eso de compararme con las Euméni-
des y con Medusa... algo significa.

—Es verdad.

—Lo que tiene que yo no me doy por
entendida hasta que no se declare sin ro-
deos, porque como soy una señora...

—Hace vd. muy bien. Y dígame vd., ¿qué
sucedió anoche en casa de nuestra vecina
Elisa?

—¡De la española?

—Sí; ¿contra quién se disparó el tiro que
oímos?... ¿lo ha indagado vd?

—¡Vaya, mi alma!... Figúrese vd. que
entré yo misma, no por curiosar, no, pues
ya sabe vd. que soy todita una señora, sino
por ver si había sucedido alguna desgracia
y podía ser útil en algo.

—Por supuesto. ¿Y qué sucedió?

—Nada, mi alma: que D. Diego Rondal,
dominado por algun terrible ensueño, se
levantó dormido de la cama, armado de una
pistola, anduvo así algunos pasos, y dispa-
ró al aire el arma fatal.

—¿Es decir que no vió al doctor?

—¡No le digo á vd., mi alma, que todo
fué soñando?

—¡Qué rareza!

—Así es que el médico salió sin ser visto.

—¿Y fué en la misma pieza del enfermo?

—No, sino en una de las próximas.

—Luego él algo debió oír para dirigirse
á allí.

—Eso creo yo.

—¿Y Elisa?

—Me la encontré desmayada, á causa,

sin duda, del susto que recibió con la explosión de la pistola.

—¿Y D. Diego qué hizo?

—Despertó, como era natural, al salir el tiro, y al ver exánime á Elisa, me suplicó que le ayudase á volverla en sí, lo que hice con mucho gusto, como vd. debe suponerse.

—¿Es decir que nada llegó á saber de la visita del doctor?

—Nada, mi alma.

—No fué poca fortuna para ella.

—Ya lo creo.

—Pues yo oí el tiro; pero como estaba ocupada en dar la cena á mi esposo, no pude salir á preguntar á vd. lo que habia ocurrido.

—¿Entonces tampoco sabrá vd. lo que pasa con nuestra vecinita?

—¿Cuál?

—Soledad.

—¿La primita de D. Félix, el dependiente que viene todas las noches?

—La misma.

—¿Pues qué le ha sucedido?

—Que se ha ido.

—¿Cómo!

—Como lo oye vd.

—¿Fuera de México?

—No, á otra casa de mas lujo.

—¿Es posible?

—Y poderoso.

—¿Con Félix?

—Y con otro.

—¿Cómo está eso?

—Ya sabe vd. que D. Félix, el primo, y yo creo que algo mas de Soledad, es el dependiente de todas las confianzas de D. Felipe Flan.

—Sí, ya lo sé.

—Pues bien: anoche, poco despues de la escena del pistoletazo, y cuando mas entretenido estaba al lado de su adorado tormento, tuvo una visita inesperada.

—¿De quién?

—De D. Felipe Flan.

—¿De su principal?

—Del mismo, en cuerpo y alma.

—Es extraño, porque nunca le he visto entrar en la casa.

—Como que no conocia á la susodicha primita de su privilegiado dependiente; así es que los dos se quedaron, al verle presentarse, como quien ve visiones.

—¡Toma....! no era la cosa para menos.

—Figúrese vd.

—¿Y no sabe vd. qué motivo le obligó á esa visita sin anuncio?

—Un negocio de sumo interes y urgente para la casa del señor Flan, que solo D. Félix podia desempeñar.

—¿Y qué sucedió?

—Que el principal, prendado, sin duda, de la hermosura de nuestra vecinita Soledad, á quien no conocia, empezó á hacerle preguntas, mientras el dependiente despachaba su comision, y que al oir que habia quedado sola en el mundo, que sus padres habian muerto, y que no tenia mas parientes que su primo, á quien habia sido encomendada por su amorosa madre al espirar, le prometió tomarla bajo su amparo.

—¡Vea vd. qué fortuna! Bien dicen, Doña Anita, que unos nacen con estrella y otros nacen estrellados. ¿Y á dónde la ha llevado?

—A su misma casa, en donde le ha destinado piezas independientes y retiradas, donde esté asistida con todo esmero.

—Pues esa ha sido una lotería para el primito.

—Tal vez no sea tanto como nos parece.

—Por qué?

—Porque si, como le he dicho á vd., mi alma, D. Félix es algo mas que primo, y el principal está enamorado de ella, el asunto va á ser cómico, y el chasco divertido.

—Tiene vd. razon. ¿Y él consintió?

—¡Toma! volando; ¿no ve vd., mi alma, que así la tiene mas cerca de su lado? quien creo que puso algunos inconvenientes cuando se despidió de ellos el Sr. Flan, fué Soledad, segun he podido indagar por algunas preguntas que le hice á la muchachita que les hacia los recados.

—¡Hola!.... ¿y qué le dijo á vd?

—Palabras sueltas nada mas que pudo oir; pero de las cuales deduzco que Soledad se resistia á admitir el favor con que se les brindaba, temiendo que la franca generosi-

dad reconociese un origen menos noble, esto es, el amor.

—¿Y qué mas puede desear esa jóven, que un marido honrado y rico? ¡Vaya un inconveniente!

—Por eso le digo á vd. que para mi hay entre esos jóvenes algo mas que primazgo.

—Esa resistencia, al menos, algo de eso indica.

—Cuando yo le digo á vd.

—Pero al fin admitió.

—Sí, convencida por las razones que le expuso D. Félix.

—Quien va á sentir su ausencia es Elisa.

—¿Por qué, mi alma?

—Porque era la que le hacia algunos regalitos durante la enfermedad de D. Diego.

—Es que ya ha encontrado quien le sustituya, y con ventaja.

—¿De veras?

—A no dudar.

—¿Y quién es?

—La señorita Clotilde, la jóven á quien condojo hasta la puerta de la habitación de nuestro vecino el pintor.

—¿Qué me cuenta vd?

—Lo que vd. oye, mi alma. Al marcharse llamó á la puerta de Elisa, salió ésta con sus niñas, les dió muchos besos á las criaturas, les hizo mil caricias, y se marchó prometiendo favorecerles desde aquel momento.

—Tienen algunas personas una fortuna decidida, Doña Anita: yo no sé á qué santo se encomiendan que les hace esos milagros.

—Lo mismo digo yo, mi alma. Yo rezo á toda la corte celestial, y ninguno hace el prodigio de que el ministro de hacienda oiga el clamor de las viudas y ablande su corazón, para que mande que les den algo en comisaría. Figúrese vd. que en este mes me han dado dos reales, y el anterior nada.

—¿Es posible?

—Y eso que me han recomendado personas muy principales, á quienes visito, pues como soy una señora....

—Le digo á vd., Doña Anita, que están los tiempos perdidos. Con decirle á vd. que mi esposo no ha recibido un solo real des-

de que quedó cesante.... así es que si no fuera porque se ha metido á cobrador de cuentas incobrables, no sé qué sería de nosotros.

—¿Y qué sería de mí si no me hubiera metido á *mercadela* (1), y vendiese, ya aquí un anillito de tumbaga, ya allí un alfiler de piedras falsas, en esta casa un vestido usado de una conocida que me lo da á vender, ya en la otra algunas varitas de encaje que me han fiado en una tienda? Al principio, es verdad que me daba alguna vergüenza, porque como no estaba acostumbra, y era una señora....

—Yo lo creo: ¡nada menos que la viuda de una brigada....!

—Pero ¿no ve vd., Doña Crucecita, á esa jóven que se ha detenido en la entrada del corredor mirando á todas partes?

—Sí; y trae dos vestidos de niña.

—¿A que los envía la señorita Clotilde para las criaturas de Elisa?

—Puede ser.

(1) Así llaman en México á las mercachifles que andan de casa en casa vendiendo efectos y alhajas de poco valor.

—Vamos á llamarla.

Y Doña Anita abrió un poco la puerta vidriera, y le hizo con la mano una señal para que se acercara.

—¿A quién buscaba vd?

Le preguntó al aproximarse la jóven.

—A la esposa de D. Diego Rondal.

—¿Qué le quería vd?

—Entregarle estos vestiditos que acaba de comprar la señorita Clotilde en una tienda de modas, para sus niñas.

—¿Pues qué, se conocían?

—Lo ignoro.

—Pues llame vd. á la puerta de esa vivienda que está enfrente, que hay vive.

—Mil gracias.

—No hay de qué.

Y la jóven se dirigió á la habitacion de Elisa, tocó á la puerta, poco despues se abrió ésta, y penetró en la casa.

—¿Qué le decia yo á vd., mi alma?

Dijo Doña Anita á su interlocutora al penetrar en la habitacion de Elisa la que habia llevado los vestidos.

—Con efecto. Hay gentes á quienes si se

les cierra una puerta, Dios les abre ciento. ¡Qué se ha de hacer....! mas vale caer en gracia, que ser gracioso.

Pero mientras nuestras dos vecinas se entretienen en la caritativa ocupacion de comer prójimo, acerquémonos á escuchar lo que pasa en el cuarto contiguo al que ocupa D. Diego Rondal, que es adonde Elisa, acompañada de sus hijas, conduce á la portadora del regalo para no despertar á su esposo, que en aquel instante descansaba.

—¿Dice vd. que la señorita Clotilde me envia estos vestidos para mis niñas?

Exclamó la amorosa madre dejando ver pintado en su rostro el placer que le causaba aquel recuerdo.

—¿Para nosotras?

Dijeron á su vez las dos tiernas criaturas saltando de alegría.

—Sí señora, ella misma; y me encargó le suplicase á vd. de su parte los admitiera como una prueba de cariño, y que el rehusarlos lo tomara como un desaire á la amistad que profesa á vd.

—¡Yo desairarla....! ¡yo!—dijo Elisa llenándosele de lágrimas los ojos.—¡Ah!.... ¡jamás....! Puede vd. asegurarla que de otra persona no hubiera admitido este regalo; pero que lo recibo de su mano, para darle la prueba mas inequívoca de las profundas veras con que correspondo á la amistad con que me honra.

—Tendré el placer de decírselo así.

—Y dígale vd. tambien—añadió una de las criaturas—que mi hermanita y yo la queremos mucho; que nunca nos olvidaremos de ella, y que le pediremos á Dios en nuestras oraciones que sea muy dichosa.

Elisa estrechó á sus hijas contra su corazón, exclamando:

—Sí, hermosas mias, sí.... rogad que el Eterno le haga tan feliz como merece ser el ángel benévolo que consuela á los desgraciados.

La que habia llevado el presente salió enternecida de la habitacion, prometiendo transmitir fielmente las palabras de gratitud de aquellas tres personas.

—¡Ay, mamá!—dijo Teresita, que empe-

zó á ver su traje en cuanto se fué la portadora:—aquí en el bolsillo hay una carta.

—¡Una carta!.... dámela, hija mia, dámela.

Exclamó Elisa con una ansiedad indescriptible, cogiendo el papel que la tierna criatura le presentaba; miró el sobrescrito; leyó en él su nombre, rompió el nema con mano convulsa, abrió el pliego, y sus ojos tropezaron con una moneda de oro.

Para una persona de corazón egoísta y metalizado, y colocada en la posición miserable en que se encontraba aquella mujer, la vista de aquella moneda hubiera sido el objeto preferente que hubiera absorbido entera su atención; pero para el alma tierna de Elisa, desinteresada, como es en general el alma de la mujer, el dinero ejerció en su ánimo menos influjo que los caracteres trazados en el papel. Dotada de una sensibilidad exquisita, y dominada por la fuerza del agradecimiento hácia la jóven que le daba el dulce título de amiga, cuando más abatida estaba por la suerte, guardó con indiferencia la pieza de oro sin cuidarse ni

aun de fijar la atención en su valor, y clavó con avidez la vista en las recientes letras que tenía delante.

A las primeras palabras que leyó, el llanto humedeció sus divinos ojos, y se vió precisada á hacer una pausa para poder continuar. A medida que avanzaba en la lectura, las lágrimas se fueron condensando, y al mover sus hermosos párpados, rodaron en abundancia por sus delicadas mejillas hasta humedecer sus marchitos labios; según se iba acercando al fin de la carta, era fácil notar en su semblante la mezcla extraña, pero expresiva, de placer y de tristeza, que experimentaba su alma: en todas sus facciones se veían pintados los afectos más íntimos y tiernos que, no pudiendo contenerlos en el fondo de su cariñoso pecho, salían, de vez en cuando, en ahogados y mal reprimidos sollozos.

—¿Por qué lloras, mamá?—dijeron ambas niñas dejando los vestiditos con que habían estado entretenidas y corriendo hácia ella.—
—¿Trae algo malo esa carta?

—No, hijas mías: mi llanto es de placer,

pues las dichas, así como el dolor, tienen sus lágrimas, pero lágrimas dulces, lágrimas de consuelo, con que Dios embalsama nuestra existencia; quien no las vierte por un exceso de gratitud hácia la persona que le tiene una mano amiga en la desgracia, carece de los nobles sentimientos que enaltecen al hombre. Cuando sintais agolparse á vuestros ojos, tras una muestra de aprecio, las lágrimas del reconocimiento, bendecid á Dios, hijas mías, porque os ha dotado de una de las mas preclaras virtudes: la gratitud.

—Entonces le tenemos que bendecir á todas horas:—respondió Julita con infantil candor:—porque siempre que la vemos á vd. triste y nos acaricia, sentimos un placer muy dulce, y lloramos mi hermanita y yo sin saber por qué.

—¡Bien, hijas mías, bien!

Exclamó la amorosa madre, conmovida por los nobles sentimientos de aquellas dos angélicas criaturas.

—Y aun ahora mismo—añadió la tierna

niña—se nos saltan las lágrimas al hablarle y escuchar que estás contenta.

—¡Teneis un corazón muy bueno!—pronunció Elisa estrechándolas contra su pecho y besándolas en la frente:—Procurad robustecer sus nobles afectos, mirando en las personas que os favorecen la mano de la Providencia, y en las mas desgraciadas, un afligido hermano, á quien debeis consolar. La gratitud es un don celestial, la delicia del ánimo, el tesoro divino con que paga el desdichado los favores recibidos, sintiendo en el alma esa inefable satisfacción que acompaña al hombre cuando ha llenado los deberes de su conciencia. La gratitud hácia el que nos ha favorecido, nos enaltece á los ojos de Dios, de la sociedad, y aun de nosotros mismos: la del infeliz á quien hemos consolado, nos llena de un placer purísimo que descende del trono del Eterno.

—Haces muy bien en explicarnos todas esas cosas, mamá.

—Es mi deber: hijas mías.

—Si vieras que gusto sentí—dijo Teresi-

ta que era mayor—cuando esa señorita Clótilde me abrazó y me dijo una porción de palabras cariñosas. . . . Como que por mas esfuerzos que hice, no pude contener las lágrimas.

—Ni yo tampoco—añadió Julita:—¿Qué buena es! ¿no es verdad, mamá?

—¡Sí! . . . muy buena.

—Yo la quiero mucho; y eso que es la primera vez que la veo. ¿Y tú la quieres, mamá?

—¡Que si la quiero! . . . —exclamó Elisa altamente conmovida:—¿Puede uno dejar de querer á los seres que se interesan por nuestra felicidad, que van revelando en su apacible rostro la piedad, el amor, la modestia y la benevolencia? . . . ¿Puedo dejar de querer á la que me envía en las tiernas expresiones de esta carta la mas dulce medicina para suavizar las profundas heridas del alma? . . . ¡á la que se constituye en protectora vuestra y en verdadera amiga de esta afligida mujer? . . .

—Debe ser muy agradable lo que dice.

—¡Mucho!

—¿No quieres leérmola?

—Sí; porque quiero, hijas mías, que conozcais los bellos sentimientos que abriga el corazón de ese ángel, cuyas virtudes deben servir de modelo en la difícil senda de la vida en que empezais á dar los primeros pasos. No está escrita con escogidas frases ni pretensiones oratorias; pero sí con esa seductora naturalidad que vale mas que el arte de la mas estudiada retórica; con esa verdad y modestia del corazón que persuaden y conmueven.

Y Elisa volvió á fijar los ojos en la carta que aun tenia abierta en la mano, y leyó con voz conmovida los siguientes renglones, que fueron escuchados con religioso silencio y profunda atención, por las dos inocentes criaturas.

“Querida amiga: Permítame vd. que le dé este dulce título para establecer la franca confianza que anhelo reine desde este instante entre nosotras. Hoy ha sido la vez primera que he tenido la dicha de dirigirle la palabra, y de escuchar las suyas, llenas, para mí, de unción y de atractivo. Sin em-

bargo: aunque es cierto que son nuevas nuestras relaciones, mi simpatía hácia vd. data de fecha mas lejana: tiempo hace que tuve el gusto de verla á vd. en S. Angel; nuestros ojos se han encontrado muchas veces, y estoy segura de que vd. habrá notado en la mirada de los míos el profundo interés y el distinguido aprecio que me inspira. Como una exigencia imperiosa del corazón, he anhelado desde entonces la dicha de gozar de su ameno trato, y ya que la Providencia me ha presentado esta oportunidad para realizar mi suspirado objeto, coabyuve vd. á su realizacion, dignándose honrarme desde este instante con él.

“Como una ligera prueba de la mia, me tomo la libertad de enviarle ese escaso presente, para que obsequie á esos dos ángeles que han interesado de una manera íntima mi corazón: como una muestra de la suya, dignese vd. aceptarle con la franqueza misma con que yo se lo ofrezco. Rehusarlo, equivaldria á no admitir mi cariño y á retraerme de darle en lo sucesivo el dulce título de amiga.

“Amor, bondad, dulzura y caridad, son los atributos con que Dios adornó su bello corazón: de alguno de estos sentimientos, ya que no de todos, me siento también, por fortuna, animada. ¿Y no es la identidad ó semejanza de afectos la que constituye la verdadera amistad, y establece la grata reciprocidad? ¿No es el resultado de la igualdad de ideas, quien forma ese sagrado vínculo que une dos almas hasta identificarlas? ¿Por qué, pues, he de temer que extrañe vd. mi obsequio y no lo acepte, cuando vd. en mi lugar obraria de la misma manera conmigo, y traduciria por desaire la no admision de su obsequio? No; yo espero de su benevolencia y del aprecio que se ha dignado dispensarme, que no rehusará mi presente, como no lo rehusaria yo de su mano, en igualdad de circunstancias, y que cada mes se dignará darme una nueva prueba de distinguida y particular deferencia, admitiendo igual obsequio.

“Adios, bondadosa Elisa: dé vd. mil y mil besos de mi parte á Julita y Teresita: á esas bellas criaturas que amo con todas las veras

de mi alma, y vd. reciba las protestas mas firmes de aprecio de su leal y verdadera amiga.—*Clotilde.*”

Las pobres criaturas, al escuchar las cariñosas palabras referentes á ellas, y al ver que habia una persona que se interesaba por su suerte, sintieron una emocion tierna y profunda, que hizo asomar á sus ojos el llanto del agradecimiento.

Elisa vió en aquellas lágrimas la pureza y sensibilidad de sus almas, y las estrechó contra su corazon, uniendo á su llanto el que ella vertia de placer.

Aquella era una escena muda, pero interesante, en que el sentimiento del corazon embargaba á la lengua el uso de la palabra.

—¡Bendigamos á Dios, hijas mias, porque ha conducido bajo nuestro pobre techo al ángel de la amistad y de la benevolencia!

Dijo Elisa inundada de una superabundancia de felicidad, que excede á lo imaginable.

—Sí; bendigámosle.

Contestaron las niñas, poniéndose de rodillas.

En aquel momento se oyó el ruido de la puerta que daba al corredor, que se abria.

Poco despues se escucharon los pasos de un hombre.

—Alguien ha entrado.

Exclamó Elisa disponiéndose á salir.

Las niñas interrumpieron su oracion.

Los pasos se dejaron oir mas cerca.

Las tres dirijieron entonces la vista hácia donde aquellos se escuchaban, y á poco vieron aparecer al doctor Willey.